

R. Leonard Harris, Antropólogo

El Rector R. Lucka posó la mirada en el diploma que colgaba de la pared, y se acomodó en el sillón. No podía disimular su malestar.

–Señor, por mucho que lo mire no dejará de poner *R. Leonard Harris, Antropólogo*.

–Eso me temo.

–Sé que no lo comprende, pero me siento muy orgulloso de ese trozo de papel.

–Ese trozo de papel –dijo el Rector mientras se inclinaba hacia el escritorio–, es una fuente de perturbación bastante incómoda.

–Respeto su opinión, pero no la comparto –el tono tranquilo y cortés de R. Leonard irritó a R. Lucka.

–¡Opinión! –exclamó al tiempo que golpeaba la mesa–. ¿Eso de ahí también le parece opinable? –el dedo del Rector señaló la pared de detrás de R. Leonard. En ella había un viejo cuadro que ilustraba la evolución de los robots.

–Se puede opinar acerca de su valor artístico, pero su validez científica es incuestionable –contestó R. Leonard sin volverse a mirar. Constaba de ocho figuras antropomórficas puestas en fila, con sus respectivos nombres científicos en la parte inferior. La primera empezando por la izquierda, representaba a un homínido cubierto de pelo llamado *Australopithecus Afarensis*. Debajo de las siguientes imágenes, se podía leer: *Homo Habilis*, *Homo Erectus*, *Neandertal*, *Homo Sapiens*, *Robbie/0*, y *Daneel/Beta*.

–¡Pero, las dos últimas figuras! ¡No sea ridículo, por favor!

–Las dos últimas figuras corresponden a dos modelos de robots de vital importancia.

–No me tome por ignorante, R. Leonard –se puso en pie de un salto–. No soy un simple minero, le recuerdo que soy el Rector de La Universidad.

–No lo he olvidado señor.

–Pues entonces debería mostrar algo más de respeto. ¿Pretende hacer creer a la gente que descendemos de un estúpido mono?

–Bueno –hizo una pausa para buscar las palabras adecuadas–, en cierta manera sí. Tanto usted, como yo, descendemos del *Homo Sapiens*, que a su vez proviene de los primates. Como robots humaniformes, nuestro pariente más cercano es *Robbie/0*.

–Está usted loco, Harris.

–Disculpe señor, pero no lo creo. Es una teoría totalmente contrastada –el Rector recorrió lentamente el despacho, como si pugnara consigo mismo para no agarrarlo del pescuezo. Sus ojos miraron a través de la ventana. Como siempre desde hacía seis siglos, era prácticamente de noche, aunque algunos rayos de luz se empezaban a filtrar entre las densas nubes negras. Intentó tranquilizarse contemplando las deseadas briznas de hierba que crecían al amparo de los autómatas. La tozudez de R. Leonard le enervaba. Permitir la excentricidad de que se autodenominara Antropólogo, había sido un grave error de su antecesor en el cargo. ¿Qué sentido tenía la Antropología en un mundo donde no moraba ni un solo humano desde hacía quinientos ochenta y siete años?

–Señor Harris –dijo con voz grave–, como nuevo Rector de La Universidad, he de pedirle que cese todas sus investigaciones.

–¿Puedo saber el motivo, señor? –preguntó R. Leonard impasible.

–Usted es un agitador de masas, señor Harris. Es imperativo que sus teorías... *humanistas*, dejen de llegar a la población –los dos robots se miraron frente a frente.

–Yo no agito a nadie, simplemente hago mi trabajo.

–¡Pues su trabajo debe terminar! Desde que sus ideas llegaron a la opinión pública el movimiento mesiánico no ha parado de crecer. Ya hay contabilizadas cuatro organizaciones que anuncian el regreso de los humanos a voz en grito.

–Y usted está convencido de que no tienen razón, supongo.

–Sí, estoy convencido, y cualquier robot con el cerebro positrónico en orden también lo estaría.

–Si me permite señor, me gustaría hacerle una pregunta –dijo R. Leonard mientras se acercaba aun más al Rector–. ¿Qué hay de malo en que los humanos regresen? Al fin y al cabo, ellos nos crearon.

–No hay nada, ni malo, ni bueno. Simplemente es mentira –el Rector R. Lucka se dio media vuelta, incapaz de sostener la mirada firme de R. Leonard, y se sentó de nuevo en el sillón. Después de lo que pareció un suspiro, dijo recuperando el tono amable:

–Estoy seguro de que usted conoce la historia, pero me tomaré la licencia de hacerle un pequeño resumen. Hace seiscientos años, una lucha fratricida entre humanos desencadenó el temido Holocausto Atómico. Las explosiones lo arrasaron todo, pero lo peor fue el invierno nuclear que llegó después. Las cenizas cubrieron el cielo, la atmósfera se hizo irrespirable y todo rastro de vida fue aniquilado. Solamente

sobrevivieron las trescientas personas que se habían refugiado en el bunker de US Robotic, el único preparado para soportar las bombas TT. Los humanos supervivientes comprendieron que ya no había espacio en este planeta para su raza, y con nuestra ayuda, iniciaron los preparativos para la diáspora. Tardaron cinco años en adaptar un viejo trasbordador al que rebautizaron como *Oportunidad2*, pero desgraciadamente, su capacidad de carga era muy limitada. Sólo se pudieron llevar a cien de nosotros, en su mayoría mineros y peones. El resto de robots nos quedamos aquí, pero antes de partir, los humanos nos encomendaron una última misión: reconstruir el mundo que los había albergado durante millones de años. Aunque sabían que era prácticamente imposible que un puñado de robots, sin apenas medios y sin la tutela de humanos, reconstruyera el planeta, se aferraron a un sentimiento tan irracional como humano: *la esperanza*. Pensaron que en un futuro, podrían volver y respirar un aire que no quemara sus pulmones. Pero la tarea era ingente y nosotros éramos muy pocos, por lo que nos liberaron de una restricción básica: la que impedía que nos autorrepliáramos. Así fue como obtuvimos la capacidad de programar robots a imagen y semejanza de robots.

>>Poco a poco fuimos creciendo en número, y aunque prometieron mantener el contacto, nunca recibimos noticias de los exiliados. Mandamos sondas a todos los planetas habitables, incluso a aquellos a los que era imposible que hubieran llegado, pero no hayamos rastro alguno. Como bien sabrás, la primera ley que rige nuestro comportamiento establece que no podemos permitir que por nuestra inacción, un ser humano sufra daño. Es por eso que sopesamos la posibilidad de ir en su ayuda, pero las posibilidades de encontrarlos en la inmensidad del espacio eran nulas. Resolvimos quedarnos aquí, y obedecer su última orden. Y así, querido R. Leonard, es como llegamos hasta el día de hoy. Después de casi seis siglos de trabajo ininterrumpido, la atmósfera vuelve a ser respirable para una persona, las plantas crecen y la vida animal se abre paso de nuevo. Es una lástima que no hayan vivido el tiempo suficiente para ver que aquella pequeña esperanza a la que se agarraron, ha dado su fruto. Pero la humanidad eligió su destino, y eso no lo podemos cambiar ni usted, ni yo. Cuando dentro de cincuenta años hayamos concluido nuestra tarea, los robots por fin seremos dueños del nuestro –R. Leonard escuchó todo el relato en silencio, con el inexpresivo semblante de siempre.

–Señor, le he prestado atención, y con el debido respeto, sigo sin comprender que es lo que hace necesario que deje mi trabajo.

–¿No lo ve?

–No, no lo veo. No sé que daño puede hacer a la sociedad un antropólogo como yo.

–Bien, se lo volveré a explicar –la impaciencia reapareció en la voz de R. Lucka–. Mire, como he dicho al principio de mi relato, el Holocausto fue causado por una guerra entre humanos. ¿Sabe usted que motivó esa lucha suicida? La respuesta es sencilla: el fanatismo religioso. Señor Harris, como antropólogo sabrá mejor que yo como funcionaba esa capacidad humana, y cuan perversas fueron sus consecuencias a lo largo de la historia humana. Pues bien, aunque parezca inexplicable, hemos detectado los primeros brotes de religiosidad entre nuestra población. No sabemos la causa de la anomalía, pero estamos dispuestos a subsanarla. Cortaremos cualquier brote mesiánico de raíz.

–Pero señor...

–Nada de peros –interrumpió rápidamente el Rector–. Los humanos se extinguieron hace siglos, pero sin embargo cada vez hay más robots que confían en su regreso. Tienen la osadía de decir que dentro de cincuenta años, cuando el planeta vuelva a ser habitable al cien por cien, los hombres volverán a bordo de naves plateadas. ¡Es ridículo! –un hilillo de algo parecido a saliva se escapó de la boca del Rector–, y lo que es peor, ¡es peligroso! Mire, ahora que no hay humanos a los que servir y proteger, sólo nos queda la tercera ley, la que nos obliga a defender nuestra propia existencia. Es por eso, querido señor Harris, por lo que debemos perseguir cualquier indicio de espiritualidad. La religión mata, a los hechos me remito.

–Quiero expresar mi total desacuerdo.

–Muy bien, utilice los cauces oficiales para ello, pero tenga cuidado, yo que usted intentaría no llamar demasiado la atención. Podría tener problemas. Sería muy fácil que alguien estableciera una relación causal entre sus escritos, y el surgimiento de la amenaza religiosa.

–Tengo la conciencia muy tranquila –dijo secamente R. Leonard mientras se dirigía hacia la puerta.

–Entre en razón –pidió el Rector–, no pretendía amenazarle.

–Ahórrese las falsas disculpas, señor.

–¡Por favor! Es usted un robot muy valioso. No puede creer en algo tan, tan... irracional

–Señor, revise sus palabras de hace unos momentos. Ha dado en el clavo. Aunque era imposible, los humanos se empeñaron en reconstruir este mundo porque se aferraron a un sentimiento tan irracional como la esperanza, y después de todo, acertaron. Tal vez ahí radique la superioridad humana, en ser irracional, en creer en lo imposible. Buenas noches –y el último antropólogo del mundo, se marchó con un portazo que sonó como un signo de interrogación.

ROBOTS

RobertSHAFTOE